

Arsenio Muñoz Martín

SEMBLANZA DE UN HUMILDE

Fray Victorino Terradillos Ortega

(1942-2023)



EDITORIAL CUADERNOS DEL LABERINTO

— COLECCIÓN NEBULOSA, N°3 —

MADRID • MMXXIII

De la edición © CUADERNOS DEL LABERINTO

Derechos exclusivos de esta edición en lengua española:

© Cuadernos del Laberinto

www.cuadernosdelaberinto.com

De la obra © ARSENIO MUÑOZ MARTÍN

Directora de la colección: ALICIA ARÉS

Diseño de la colección © Absurda Fábula

www.absurdafabula.com



El papel utilizado para la impresión de este libro, fabricado a partir de madera procedente de bosques y plantaciones sostenibles, es cien por cien libre de cloro y está clasificado como papel reciclado.

Impreso por Copias Centro (Madrid)

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.cedro.org; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

Primera edición: SEPTIEMBRE 2023

I.S.B.N: 978-84-18997-51-8

Depósito legal: M-29537-2023

Impreso en España.



www.cuadernosdelaberinto.com

I N D I C E

Preámbulo	pág.	9
I. Orígenes geográficos de Victorino Terradillos	pág.	15
El hogar familiar.....	pág.	19
La ilusión de ser religioso.....	pág.	23
El testimonio de su hermano Teódulo.....	pág.	26
Ingreso en el Seminario. Pastrana. 1954-1959	pág.	28
Ingreso en el noviciado (10-8-1959).....	pág.	30
Toma de hábito. Arenas de San Pedro (20-8-1959).....	pág.	31
Vida en el noviciado.....	pág.	32
La profesión temporal. Arenas de San Pedro (21-8-60).....	pág.	35
Los años de la filosofía. Consuegra (1960-1963).....	pág.	37
Los años de teología en Toledo (1963-1967).....	pág.	40
Profesión solemne, Toledo (23-8-1967)	pág.	43
Diácono.Toledo (1-3-1967)	pág.	46
Ordenación sacerdotal. Talavera de la Reina, Toledo (13-8-1967).....	pág.	47
Madrid, año de pastoral. Septiembre, 1967.....	pág.	50
Estudio de Filosofía. Salamanca, 1969.....	pág.	51
Muerte de su hermano Teodulo (5-7-1971)	pág.	52
Profesor en Pastrana, 1975	pág.	56
Maestro de novicios. Arenas de San Pedro (1976)	pág.	57
Vicario Provincial (1985-1991).....	pág.	60
Guardián de Arenas de San Pedro y director de la Casa de Espiritualidad del Santuario.....	pág.	62
Guardián de Ávila (1993-1996)	pág.	64
Guardián y profesor en La Puebla de Montalbán (1996-2013)	pág.	67
De nuevo superior de Arenas de San Pedro (2013-18)	pág.	71
En 2018, cedió la Guardianía a Fray Carlos Bermejo	pág.	76
Año jubilar de San Pedro de Alcántara. 1622-2022	pág.	77
Nueva elección de Guardián de la casa (2022-2023)	pág.	79
El accidente de su fatal caída (17-XI-2022)	pág.	80
Despedida y sepelio. Arenas de San Pedro (19-1-2023)	pág.	83

II. Religioso amante de la cultura, la belleza y el arte	pág.	85
Interés por el saber y adquirir cultura.....	pág.	87
Estudiante en Salamanca, 1969	pág.	89
Atracción por la belleza y el arte	pág.	92
En Dios está la sabiduría	pág.	93
Profesor en Pastrana.....	pág.	96
Profesor en La Puebla de Montalbán	pág.	98
Director de la revista <i>Santuario</i>	pág.	99
Su creatividad	pág.	101
Entendido en arte	pág.	102
Artista de la belleza	pág.	104
III. Sus escritos y obra literaria	pág.	107
Su obra escrita	pág.	109
Revista <i>Santuario</i>	pág.	110
En la belleza de Dios realizó su vida	pág.	112
La alegría en él era un don de belleza	pág.	112
Editoriales y escritos en <i>Santuario</i>	pág.	113
Sección misionera	pág.	114
Apartado bíblico	pág.	114
El tema franciscano	pág.	115
Sección poética	pág.	115
Sección de arte y belleza	pág.	116
Pasatiempos	pág.	116
Otros	pág.	116
Conferencias, charlas, presentaciones, trabajos.....	pág.	117
Presentaciones de libros	pág.	119
Preparó la edición de los Sermones de San Antonio de Padua	pág.	120
IV. Sobre su obra poética	pág.	123
<i>Lecturas y canciones</i>	pág.	127
Los salmos, cánticos de amor y oración	pág.	135
Comentarios a sus obras	pág.	137
Trabajos realizados por internet	pág.	145
Obra póstuma	pág.	150

V. Su vida espiritual y mística	pág.	153
Consagración religiosa camino de santidad	pág.	157
La belleza de Dios llenó su vida	pág.	159
El bueno comunica bondad	pág.	161
El tiempo de creación	pág.	162
Hombre de acción de gracias	pág.	164
Vivía con gozo el don de la gracia	pág.	165
Algunas cartas espirituales	pág.	166
Su preparación espiritual fue obra de Dios	pág.	177
La Palabra de Dios es el fundamento de toda vida espiritual	pág.	179
Deseaba tener la lengua de los ángeles	pág.	180
Su mística	pág.	181
Su tema fundamental es el amor	pág.	184
Su deseo: estar siempre en Dios	pág.	186
«Lean la Biblia», recomendaba a los fieles	pág.	188
La alegría dulce del místico	pág.	190
Espíritu de pobreza	pág.	191
Mirada sobre su vida	pág.	193
VI. Testimonios	pág.	195
Opiniones o y testimonios sobre el Padre Victorino	pág.	197
Necrología	pág.	198
Sor María Victoria Triviño	pág.	202
Sor Asunta Ludeña Prudencio	pág.	205
Franciscanas Alcantarinas de Arenas de San Pedro	pág.	207
Juan Luis Lázaro Ansola	pág.	208
Manuel Prieto Prieto	pág.	209
Fray Vicente Montes Quirce	pág.	211
Fray Julio Herranz Migueláñez	pág.	218
Alicia Arés	pág.	228
Sonia-Raquel Díaz Rueda	pág.	230
Fray Carlos Bermejo Cabezas	pág.	233
María Ángeles Calvo Terradillos	pág.	237
«En la vida y en la muerte somos de Dios»	pág.	243

www.cuadernosdelaberinto.com

PREÁMBULO

www.cuadernosdelaberinto.com

www.cuadernosdelaberinto.com

Con la consagración de la vida a Dios, toda persona quiere interpretar la vida divina en clave de irradiación y de entrega de amor a Dios. «Dios es amor», así lo dice San Juan. Él es puro amor, amor total. Él es Luz que ilumina y Vida sempiterna. Es Esplendor de gloria y belleza. En Él descansa la felicidad. De ahí que la aspiración del ser humano sea alcanzar la vida de Dios. Cristo la promete para los que entregan y consagran su vida a Dios por amor.

Conocer y hablar de un consagrado, un hombre enteramente de Dios, no es nada fácil, ya que entrar en el mundo de la gracia, es como entrar en el misterio de Dios, el que nos sobrepasa y del que solo conocemos algo de la grandiosa sublimidad que nos desborda. ¡Hay tantos misterios y maravillas en el espíritu de los santos; tantos secretos de intimidad con Dios; tantos momentos de amor y caridad por el Amado, tantas comunicaciones con ese Dios en nosotros, que solo Dios conoce, quedando para nosotros en el silencio del misterio! Pero el misterio del santo es el que más nos atrae y el que más deseamos conocer. Si deseamos conocer la vida de los santos, es porque en ellos conocemos mejor y vemos reflejado el misterio de Dios.

Es tan sublime la santidad, que en el libro de la Sagrada Escritura —el *vade mecum* para la humanidad— nos recuerda que Dios nos creó para que seamos santos e irreprochables ante Él por el amor (Ef 1,4). Y en la Biblia, que es la carta magna del amor de Dios a los humanos, nos dice de muchas formas: «Sed santos, porque yo vuestro Dios, soy santo» (Lev 19,2; 20,26). Y también Jesús en el evangelio nos recuerda: «Sed santos como vuestro

Padre celestial es santo» (Mt. 5,48) Lo que indica que todos estamos llamados a ser santos (1 Co 1,2). Y si Cristo lo recomienda es porque no hay cosa mejor para nosotros.

En la exposición apostólica sinodal *Verbum Domini*, nos dejó escrito el papa Benedicto XVI, que la interpretación de la Sagrada Escritura, quedaría incompleta si no se escuchara a quienes han vivido realmente la Palabra de Dios, la santidad (nº, 48). Porque sus vidas son una referencia divina. La Iglesia hace constantemente referencia a los que viven la santidad, para celebrar cada día la memoria, la ejemplaridad de los que alcanzaron la amistad y la santidad de Dios.

Hay personas que nos han dejado señales que irradian tanta belleza de esperanza y estímulo en el camino del Evangelio, que en ellas vislumbramos la gracia y santidad de Dios. Esta es una de las experiencias más alentadoras de quienes han compartido la vida con nosotros y nos dejaron aleteos de santidad. Por eso el interés de conocer de ellos su verdad y el misterio de su vida, para aprender y valorar de ellos su fidelidad, su trabajo silencioso y su bien hacer las cosas. Admiramos a los santos porque el espíritu de entrega y amor santificante fue un vivir en Dios y para Dios, y hasta con lo pequeño hicieron santidad de vida.

Naturalmente estoy hablando de nuestro querido hermano y compañero, el Padre Victorino Terradillos Ortega, pues su recuerdo está tan vivo en nosotros, que nos sigue hablando por sus obras, sus trabajos, su don de la palabra, sus poesías, sus cartas, su cantar la vida con tanta belleza, su hacer bien las cosas con ese arte de Dios que llevaba en su espíritu. Hay tantos recuerdos admirables que no queremos que queden en el olvido. También Dios quiere que sus elegidos, sus santos, sean recordados para celebrar en ellos su presencia y el paso de Dios junto a nosotros.

El itinerario de la santidad es un camino largo. La santidad no es cosa de unos días, es el proyecto de toda nuestra vida. Y cuando se toma la vida como un don personal de Dios, todo se hace corto. Don que el Padre Victorino le vivió en gozo permanente, como una presencia viva de Dios. Su fiel respuesta a las llamadas del Señor, impulsaron al Espíritu de Dios, para comenzar en él, a construir el bello edificio de la santidad. Y aún en medio de las imperfecciones de la vida, de las que los santos no se libraron, Dios pone su morada en el que responde a su llamada, para irradiar en él destellos de belleza que anuncian el misterio que él ha comenzado. Son esos dones que Dios da a las personas que transmiten permanentes presencias del misterio de Dios. Dones y virtudes que brillaron en nuestro Hermano Victorino.

La gozosa alegría que transmitía Fray Victorino, la sencilla humildad y alegre simpatía, son testimonios que proclaman el evangelio de los que tienen hambre y sed de la bondad de Dios. Su vida de fe y entrega, es la que nos permite ver presencias y manifestaciones de Dios. Dios es la vida de todo hombre y «al que le recibe le da poder de ser hijo de Dios» (Jn. 1, 12). Este mismo proceder de Dios, fue cantado por la Virgen María en el magnificat (Lc, 1, 53-53), donde los sencillos, los humildes, los amigos de Jesús, son los predilectos y los dichosos del Padre.

«Me presenté ante vosotros en debilidad de temor y temblor, nunca me precié del saber humano, sino en la manifestación y el poder del Espíritu» (1 Cor, 2, 3-4). Este texto de San Pablo refleja como en un espejo, la imagen del Padre Victorino. Nunca presumió del saber y de decir, pero su persona era una voz de Dios que donde iba proclamaba y cantaba con verdadero primor las maravillas de Dios. El bosque, las plantas, las flores, los animales, todo era para él palabra y sermón pronunciado por Dios.

Su predicación, sus cantos de alabanza, sus poesías, sus videos, sus libros y todas sus intervenciones, porque todo cuanto realizó está proclamando en él la obra y presencia de Dios. Y como el profeta o ángel de Dios que anuncia el mensaje y desaparece, él nos ha dejado su obra que está hecha «sin persuasiva sabiduría», (San Pablo), pero realizada toda en servicio de Cristo, para que Dios sea glorificado y a su tiempo Él recoja el fruto.

Y aunque no sea yo la persona más indicada para dar a conocer su obra, siento el deber de no dejar en el olvido el recuerdo y testimonio que este hombre de Dios nos ha dejado. Con la colaboración de todos, todo se hará posible y emergerá esa persona que irradió Evangelio, con destellos de dulce belleza. Ahora él crece y madura desde el silencio en la tierra fecunda de la Santidad de la Iglesia. Son muchos los santos en la Iglesia que no están en los altares, pero son para nosotros muy estimulantes sus vidas y virtudes. El tiempo de los santos es el gran regalo que Dios nos hace a los humanos, pues en ellos Dios se hizo visible en él, y pasó por la tierra estando a nuestro lado. En ellos Dios está en medio de nosotros «como el que sirve». Los santos son los verdaderos testigos y amigos de este Dios que está en medio de nosotros.

I. ORÍGENES GEOGRÁFICOS
DE VICTORINO

www.cuadernosdelaberinto.com

www.cuadernosdelaberinto.com

Para conocer los orígenes geográficos del Padre Victorino, nos trasladamos al sur de la provincia de Burgos, donde se encuentra Gumiel del Mercado, pueblo ubicado a 72 km, de la capital.

Los orígenes de Gumiel hablan de un pueblo medieval que llegó a estar protegido con murallas y castillo, de los que solo quedan restos históricos. Es una de las ciudades burgalesas, que cuenta en la historia con un noble pasado, ya que fue el señorío de D. Diego López de Haro, que al casarse con Violante, hija de Alfonso X, le dio por dote este señorío, el que después con el tiempo pasó a la familia Avellaneda. Posteriormente en la villa de este señorío, ejercieron sus dominios los Sandoval y Rojas, Duques de Lerma, quienes dejaron reflejado su dominio en las armas y escudos, aún patentes en la ciudad.

Y en estos orígenes geográficos de Gumiel del Mercado, sabemos que es donde nació el joven Victorino Terradillos. Uno de los pueblos antiguos de la Vieja Castilla, al sur de la provincia de Burgos, que forma parte de esos pueblos ribereños del Duero, cuyos orígenes están relacionados con el largo devenir de la historia, que casi siempre giran en torno a vías o caminos, conductores de cultura y comercio, formando entre ellos una red de desarrollo como vía de comunicaciones comerciales.

La estructura de Gumiel del Mercado, muestra ese entramado urbano típicamente medieval, con calles estrechas y un caserío apiñado, ya que estuvo rodeado de murallas como defensa de la ciudad, típico de la Edad Media. La historia habla de un pasado

importante, donde existió una de las más notables «aljamas»¹ judías de la comarca, con un importante mercado, que fue el que le otorgó el apellido al pueblo.

El perfil urbano es un tanto anárquico o irregular, girando en torno a la plaza, donde generalmente se emplaza el Ayuntamiento, y donde las iglesias de San Pedro y Santa María, como monumentos artísticos religiosos, muestran retablos con tallas y piezas artísticas, fruto de la fe de un pasado lleno de religiosidad.

En su arquitectura más importante destacan, además de las iglesias y sede Consistorial, hermosas arcadas de piedra que recuerdan el pasado, y que permitían el acceso a la ciudad, que era donde antiguamente se cobraban los impuestos para entrar al recinto amurallado. La plaza mayor, como lugar donde se desarrolla la vida, dispone de toques de belleza y arte. No faltan casonas blasonadas, edificios de sillería y fachadas de interés. Algunas calles muestran pinceladas de gusto artístico, donde se muestran balcones de forja, edificios con piedras de sillería en puertas y ventanas, con algún escudo que decoran la ciudad.

La comarca de Gumiel del Mercado, se caracteriza por su actividad agropecuaria, con gran cultivo de otros productos alimenticios, como hortaliza, fruta y vid, siendo ésta motivo por el que abundan en el pueblo las típicas bodegas, agrupadas a veces a las afueras del pueblo, cuando no están ubicadas en las casas.

También Gumiel ha experimentado la emigración de personas, originada por la mecanización del campo, causada por el progreso industrial, especialmente a partir de los años setenta del siglo pasado, que contaba con una población de 1.500 habitantes, para reducirse a los escasos 400 actuales. Todos los pueblos de la ribera

1 Sinagoga o nave de templo judío. Lugar de reunión judería o morería.

han sido lugares de un pasado glorioso de cultura y de fe cristiana, donde las iglesias eran el eje y centro que daba sentido al vivir cotidiano.

EL HOGAR FAMILIAR

Gumiel del Mercado fue la cuna de nuestro hermano Victorino. Pueblo acogedor donde se vivía una fe cristiana que brillaba en los hogares, y donde la iglesia era la madre acogedora para todos. Era la casa de Dios. Dios estaba en medio de la vida de los hogares. La iglesia para ellos era espacio acogedor donde había ese ambiente de paz que les ayudaba a vivir mejor la fe. El misterio de la eucaristía era celebrado como verdadero culto sagrado donde Dios se hacía presente. Si acudían al templo era porque todo en él eran presencias visibles, las imágenes y los cuadros eran signos escogidos que les ayudaban a entender y vivir las realidades divinas. Allí se acudía para celebrar en la liturgia el día del Señor, manifestando el gozo cristiano de una comunidad de fe. Allí se forjaba la cultura de su vida para vivir y profundizar el misterio de la fe. La ciencia de Dios se recibía en la catequesis de la iglesia. Nada de extraño que estos pueblos hayan sido un verdadero semillero de vocaciones religiosas y sacerdotales.

En Gumiel del Mercado, el 5 de septiembre de 1942 nació Victorino, en el seno de una familia formada por el matrimonio de Ángel y Filomena, de los que nacieron doce hijos, que recuerda las doce tribus de Israel y los doce hijos de Jacob, Tribus de las que se formó el pueblo Santo de Dios. Y como en la Biblia hacemos consignar sus nombres: Paula, Pedro, Avelina, Teódulo, Felipa, Trinidad, Jesús, Nicolasa, Domitila, Elena, Victorino y Eutiquio, ocupando

Victorino el número once. Y en este hogar humilde y acogedor de familia numerosa, había sitio para todos y pan para compartir. También había para los pobres, pues ninguno se marchó de aquella casa sin recibir su limosna, «lo piden por amor de Dios, ¿cómo negarles la limosna?» —decía la madre bondadosa de la familia, la llena de caridad, señora Filomena.

Para aquel matrimonio un hijo más era siempre una bendición del cielo, un motivo más para crecer y multiplicar el amor fraterno. En aquél hogar la familia tomaba sentido de iglesia doméstica. La fe y las prácticas religiosas eran la liturgia de cada día, donde todos vivían y participaban el amor sagrado de la familia, de forma que el rezo era el pan sabroso y compartido en la familia santa. Cada día Ángel y Filomena, después del trabajo, reunían a todos sus hijos para rezar el santo rosario, que era el humilde «oficio divino» de los pobres, con el que se unían a toda la Iglesia, para rezar la alabanza divina y ofrecer a Dios la acción de Gracias de cada día. A continuación del rosario, se leía siempre el evangelio y Ángel y Filomena lo explicaban y daban el sentido de la fe.

Del señor Ángel, como padre de la familia, —nos cuenta su nieta María Ángeles—, que su madre y su tía Avelina le contaron muchas veces, que el abuelo Ángel era un santo de Dios. Trabajaba en el campo rezando y cantando, como dando gracias a Dios. Solía decir: Señor, me siento feliz viendo todo lo que me das por mi pobre trabajo. Ángel era un hombre muy religioso, tenía un corazón lleno de piedad y de amor generoso. Cuando oía hablar mal de las mujeres a sus compañeros, él decía: «no habléis mal de la mujer, la mujer es un templo de Dios». Cuando iba a la iglesia con su esposa e hijos, se arrodillaba, se recogía, se centraba en sí mismo y nada le distraía. Su hija Domitila decía que se transformaba, que estaba como en otro mundo. Ángel cantaba muy bien y cuando lo

hacía en la misa daba gloria escuchar su voz. Y con sus hijos también cantaba deseando hacerles felices. Recuerdan que en las procesiones del Corpus en el pueblo, cuando entonaban el «Cantemos al amor de los amores...» su voz humana sonaba con timbre de gloria. Era una verdadera alabanza al Señor. Y cuando daban la bendición con el Santísimo, desde los altares que hacían los fieles en las calles, hincaba las dos rodillas en tierra, inclinado recibía la bendición y lloraba de gozo adorando al gran misterio. Era también seguidor y miembro de la «Adoración nocturna», y ese día, toda la noche la pasaba en oración y de allí marchaba al trabajo. Su vida de piedad era la de un auténtico creyente que vive la fe con integridad. Ángel era un verdadero Patriarca en su familia.

Y al hablar de Filomena, las mismas mujeres del pueblo decían que era una santa mujer. A ella acudían las mujeres del pueblo para pedirle consejo, pues tenía siempre una palabra acertada y esperanzadora. Era una mujer muy cristiana y muy devota de la Virgen María. Siempre llevó el escapulario de la Virgen del Carmen. Cuando acostaba a sus hijos siempre rezaba con ellos unas oraciones y con un beso les deseaba buenas noches. Filomena era un retrato de la «mujer hacendosa», descrita en la Sagrada Escritura (Prov. 31, 10-30). Trabajaba en la casa y ayudaba en el campo a su marido. Hacía escobas de esparto para barrer y limpiar la casa. En su hogar, cosía y tejía jerséis para sus hijos, para que todos estuvieran bien vestidos y se sintieran dichosos, sobre todo, amados y queridos con la ternura de unos buenos padres.

Aquél hogar acudía toda la familia, los tíos, abuelos y vecinos les encantaba ir a visitarles y estar con aquella familia donde había tanta fe, tanta alegría y tanto cariño entre todos. En aquella casa se vivía la fe, se rezaba, se cantaba, se leía, se amaba y todos eran bien acogidos. Dios estaba en medio de los suyos.